
Hacia una teoría de la microhistoria

*Discurso de recepción del doctor Luis
González y González leído en la se-
sión solemne del 27 de marzo de 1973.*

Conociéndolo como lo conozco no habría votado por Luis González para académico. El que no tiene traza de historiador solemne no la adquirirá porque ingrese a la ilustre Academia Mexicana de la Historia, se vista de smoking, dé las gracias a sus electores y lea un discurso de recipiendario. Quizá mi predecesor, no por falta de sabiduría como yo, tampoco tenía consigo las notas de seriedad específicas del académico. Si Francisco de la Maza se dejaba decir de sus colegas Paco de la Maza y sus alumnos se permitían barajar las letras de su nombre para hacerlo Pico de la Musa y Poco de la Misa es porque no tuvo la tiesura atribuida al académico.

Él jamás tomó en serio el pomposo nombre de doctor don Francisco de la Maza y de la Cuadra; jamás hizo alarde de la noble ciudad de San Luis Potosí donde nació el 8 de mayo de 1913, en plena revolución de tierra y gente. El volcán de Colima inaugura el año con tremendo eructo. Poco después estalla en la capital aquel cuartelazo que reduce al silencio a dos figuras mayúsculas (al general Reyes y al presidente Madero); pone en el trono al iracundo Victoriano Huerta, y en pie de guerra, a muchísimos compatriotas. La contrarrevolución reinstala a la revolución en 1913. Años menos agitados que aquél, pocos, y esos pocos fueron los de 1914, 1915 y 1916. De la Maza vio la primera luz enrojecida por la sangre y el fuego. Cuando lo conocí en 1948 me dejó la impresión de ser un hombre en busca de refugio, nostálgico de la quietud y multiocupado en escribir muchas cosas para obtener el cariño de sus próji-

mos. Tenía un espíritu intenso y desasosegado; era sensible e inteligente.

De los cauces que frecuentó, tres lo hicieron justamente famoso: la cátedra, la defensa del patrimonio artístico y la literatura histórica. Desde 1945 enseña arte colonial a los alumnos de Filosofía y Letras de la UNAM y, poco después, hace igual en El Colegio de México. Mientras otros pedían veneración para algunos de los grandes genocidas con rótulo de héroes que ha producido nuestra patria, él propalaba el culto a los mexicanos productores de belleza. Su saber lo impartía generosamente no sólo en aulas repletas de estudiantes. Muchos, como yo, le aprendimos en el camino y en el café. Era un excelente cicerone y un conversador estupendo. Siempre y dondequiera fue escuchado y aplaudido por la juventud.

Cuando la Revolución se baja del caballo, se sube en automóvil y le da por abrir avenidas y cuando una casta de nuevos ricos, por afán de lucro o por simple barbarie, intentan destruir obras de arte para construir en su lugar fuentes de dinero, Paco de la Maza se convierte en un furioso defensor del patrimonio artístico nacional y consigue más de una vez preservar las riquezas espirituales amenazadas.

Desde 1941 don Manuel Toussaint lo incorpora al Instituto de Investigaciones Estéticas y a su sombra investiga durante treinta años sin tregua ni descanso. Su profesionalismo, oficialmente reconocido al concederle la maestría en 1943 y el doctorado en 1953, su gusto por la historia y sus capacidades de comprensión y expresión, lo hacen un publicista fecundo (de los de a libro por año), hondo (de los que ven las entrañas intelectuales de los hechos) y muy leído (de los que no deambulan, como diría el maestro Arturo Arnáiz y Freg, entre la tumba de los archivos y la tumba de las bibliotecas).

Su temario fue enorme. El afecto a la Décima Musa produjo *El convento de Sor Juana*. Del interés en dilucidar uno de los símbolos mayores de la nación resultaron dos obras espléndidas: *Los evangelistas de Guadalupe* y *El guadalupanismo mexicano*. Cuando apa-

reció en público se dijo que sería el autor del gran libro sobre el barroco mexicano. Lo fue de más de uno, y además del barroco español en sus *Cartas barrocas desde Castilla y Andalucía*. Muerto don Manuel Toussaint quedó de señor indiscutido del arte de la Nueva España. Fue también, una vez cada diez años, un microhistoriador de los que marcan nuevos rumbos a la historia urbana. En 1939 publicó *San Miguel de Allende*; en 1948, *La Ciudad de Durango*; en 1959, *La ciudad de Cholula y sus iglesias*, y hace poco, *La ciudad de México en el siglo XVII*.

Las tres historias

Para cumplir con la obligación de leer un discurso que me acredite —o desacredite— como académico he escogido como tema el resorte microhistórico de Paco de la Maza. Sé lo que no sé y me asusta reflexionar sobre algo perteneciente a mi afición que no a mi competencia. Hubiera querido lanzarme al asunto de mi disertación apoyado en muchos decires célebres, pero por falta de tiempo y porque la literatura sobre la microhistoria es pobre, me echo a caminar casi sin andaderas.

Dicho sea con temor, el género histórico es múltiple. Supongo que a nadie le costará trabajo coincidir con Braudel: “No existe una historia, un oficio de historiador, sin oficios, historias, una suma de curiosidades, de puntos de vista”. Tampoco es arduo convenir con Cervantes en las tres funciones de Elío: testigo del pasado, ejemplo y aviso para el presente y advertencia para el porvenir. También es fácil aceptar de Nietzsche que esa triple función ha procreado tres historias: anticuaria, monumental y crítica.

La última es la más ambiciosa y campanuda. Nace en la porción más elevada del ser humano, surge de la cabeza. Reconoce como fundador a Tucídides. No sólo juzga, también se propone llegar a las últimas causas del acontecer histórico para poder predecir y aun

enderezar el rumbo de los sucesos. Uno de sus fines es librarnos de la cadena. En la época medieval anduvo de la mano con la teología de San Agustín. Más tarde le negó a Dios el derecho y el poder de meterse en el quehacer humano y se escudó en la filosofía de la historia y en las ciencias sistemáticas del hombre. Hoy en día su principal misión parece ser la de ratificar o rectificar las regularidades que vislumbran los filósofos y los científicos sociales en el discurrir histórico y responder a la pregunta ¿a dónde vamos?, pretende ganar la presidencia del provenir, el premio ofrecido por Comte a la “doctrina que explique suficientemente el conjunto del pasado”.

La historia monumental es menos pretenciosa. Mientras aquélla se mueve en un ámbito universal, ésta suele circunscribirse al nacional. No generaliza como la crítica. Gusta más de los hechos relampagueantes que de las opacas estructuras. Prefiere los tiempos cortos a los largos. La guía una intención pragmático-ética. Ve en las cumbres de la existencia pasada un depósito de modelos para la acción futura. Es la historia de bronce, maestra de la vida, escuela de la política, preparación para el gobierno de las naciones, pilar del nacionalismo. Según Valery

es el producto más peligroso entre los producidos por la química del intelecto humano. Sus propiedades son muy conocidas. Hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus antiguas llagas, los hace sufrir en el reposo, los conduce al delirio de grandezas o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas [...] No enseña rigurosamente nada, porque engloba todo y da ejemplos de todo.

Un análisis magistral de la historia de bronce se haya en don Edmundo O’Gorman, en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.

La especie anticuaria es la Cenicienta del cuento. Fluye de manantial humilde; se origina en el corazón y en el instinto. Es la versión popular de la historia, obra de aficionados de tiempo parcial. La

mueve una intención piadosa: salvar del olvido aquella parte del pasado propio que ya está fuera de ejercicio. Busca mantener al árbol ligado a sus raíces. Es la historia que nos cuenta el pasado de nuestra propia existencia, nuestra familia, nuestro terruño, de la pequeña comunidad. No sirve para hacer, pero sí para ser. No construye, instruye. Le falta el instinto adivinatorio. No ayuda a prever; simplemente a ver. Su manifestación más espontánea es la microhistoria o historia parroquial.

Raíces vitales de la microhistoria

Sin temor a equivocarse se puede decir que los historiadores anticuarios siempre han sido más numerosos que los monumentales y los críticos. Son más en la vida que no en la literatura. Son más aunque pesen menos. Dispersos en miles y miles de comunas ni se les nota, ni se les cuenta. Incluso, cabe afirmar sin demasiada exageración que todos los seres humanos son microhistoriadores. El rememorar las personas y los hechos del terruño y la estirpe es algo que todo mundo ejecuta cotidianamente. Ni siquiera es concebible una familia, una aldea, un barrio y mil formas más de congregación minúscula, sin deslizamientos hacia el recuerdo microhistórico. Cada grupo de gente unida por lazos de parentesco sanguíneo o espiritual construye normalmente su historia. En otras palabras, la historia local o microhistoria apenas se distingue de la existencia local.

Por lo mismo, pertenece al reino del folclor, es de la estirpe de Marsyas, el sátiro de la flauta desollado vivo por Apolo, por el aristócrata de la cítara. Las historias locales ocupan en la república de la historia un lugar semejante al ocupado por corridos y canciones en la república de las letras. A la microhistoria hay que verla como expresión popular. Sólo así se comprende que sus practicantes sean muchos aficionados y pocos profesionistas. No es que la hagan escribas anónimos, como pasa con los corridos, pero sí escri-

tores de la plaza pública que no de la torre de marfil. No importa de qué grupo social sean, pero sí que no sean únicamente intelectuales. Casi nunca reciben su soldada de instituciones universitarias aunque es frecuente que vivan de algún mecenas rico y poderoso. Admiten los adjetivos de amateur, paniaguado y bohemio. No mantienen un contacto regular con sus congéneres. En los cafés y cantinas se mezclan con todo mundo. Rara vez comparten la vida de una sociedad sabia o escriben en periódicos científicos. No es insólito que pertenezcan a una bohemia donde se intercambien productos intelectuales de valía popular y no oculta, donde se recite sin rubor "El brindis del bohemio". Por lo demás, es difícil definirlos porque a la mies microhistórica acuden operarios de muy desigual condición. Unos son abogados, sacerdotes, médicos, poetas, políticos o personas que apenas saben leer y escribir. Y sin embargo es posible rastrear en ellos algunos rasgos comunes: quizá el más notorio sea el ego emocional, la actitud romántica.

Emociones que no razones son las que inducen al quehacer microhistórico. Las microhistorias manan normalmente de un amor (a veces ferocidad amorosa) a las raíces, de un amor melancólico, como aquel de Manuel Machado.

Me siento a veces triste...
 Mi pensamiento entonces
 Vaga junto a las tumbas de los muertos,
 Y en torno a los cipreses y los sauces
 que abatidos se inclinan... y me acuerdo.

En Herodoto se lee que Hipias, de haberse soñado acostado con su madre, deduce que regresará a su tierra natal, a la ciudad de Atenas. El amor a la patria chica es del mismo orden que el amor a la madre. Sin mayores obstáculos, el pequeño mundo que nos nutre y nos sostiene se transfigura en la imagen de la madre, de una madre ensanchada. A la llamada patria chica le vendría bien el nombre de matria, y a sus vecinos, matriotas. Y a la historia que

reconstruye su dimensión temporal podría llamársele, en vez de microhistoria, historia patria para recordar su raíz. La psicología profunda quizá encuentre en la historia local una manifestación del deseo de volver al seno materno. Cabe relacionar el impulso a la quietud con la vocación microhistórica. Nietzsche asegura: “La historia anticuaria sólo tiende a conservar la vida; no a engendrar otra nueva”. Casi siempre el cronista de pueblos y ciudades pequeñas es un anticuario asido a su tradición, deseoso de mantener en el recuerdo, que no necesariamente en la vida, lo que no tiene futuro por “pequeño, restringido, envejecido y en trance de caer hecho polvo”. La intención del microhistoriador es sin duda conservadora: salvar del olvido el trabajo, el ocio y las creencias de nuestros mayores. Puede ser simultáneamente revolucionaria: hacer consciente al lugareño de su pasado propio a fin de vigorizar su espíritu y hacerlo resistente al imperialismo metropolitano que sufren la mayoría de las naciones, y desde luego la nuestra.

Sería iluso pensar que las microhistorias únicamente nacen del pueblo promovidas por sentimientos nostálgicos y edípicos o por propósitos ya conservadores, ya revolucionarios. No todo aquí es hijo de la pasión o de la necesidad vital. Cada vez son más los microhistoriadores no vocados, los ociosos que hallan quehacer en la microhistoria, los pobres que con ella obtienen lucro, los desconocidos a quien ella les dé nombre, los meros repetidores de un oficio muy antiguo que tiene un campo de acción, un método peculiar y un círculo de lectores.

El fondo microhistórico

La microhistoria reconoce un espacio, un tiempo, una sociedad y un conjunto de acciones que le pertenecen. En la historia crítica lo básico es el tiempo, la oposición entre unas épocas y otras. En la historia local lo importante es el espacio.

En términos generales, el ámbito microhistórico es el terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro horizonte sensible. Es casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser en contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es la tierra por la cual los hombres están dispuestos a hacer voluntariamente lo que no hacen sin compulsión por la patria: arriesgarse, sufrir y derramar sangre. Es la patria que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales. Puede ser un pequeño cuerpo político perfectamente delimitado por accidentes naturales; pero también es posible que sea una multitud de islotes familiares muy alejados entre sí, pero oriundos de la misma comunidad; por ejemplo, las familias emigradas de San José de Gracia a una docena de ciudades de México y los Estados Unidos.

La unidad social actuante en la historia local la constituye generalmente un puñado de hombres que se conocen entre sí, cuyas relaciones son concretas y únicas. El actor colectivo es la tribu entendida en sentido lato. El actor individual es el hombre poco importante o del todo insignificante a escala nacional o internacional. El innovador o inventor desconocido más allá de su terruño, el héroe de alguna emboscada, el bandido generoso, el bravucón, el mártir olvidado por la curia romana, el deportista que no aparece en los fastos del deporte, el mentiroso del pueblo, el cacique, el cura, el alcalde, el benefactor que regala una de las bancas del templo o del jardín, el curandero, el brujo, la comadrona, el comisario ejidal y otras cabezas de ratón.

¿Cuáles son los hechos historiables y cuáles los inhistoriables para el microhistoriador? Los historiadores locales parecen pecar por exceso. Llenan sus libros con demasiados triques. La especie microhistórica es muchas veces todista porque el espíritu anticuario rara vez distingue entre lo importante y lo insignificante, entre lo que influye, trasciende o tipifica y lo que es mera cháchara. Las microhistorias muy a menudo son acumulaciones de todos los vestigios del terruño, movidas por el afán de ver a los ancestros en toda

su redondez. Son muy raras las historias locales sin polvo y paja. Lo común es que descubran las raíces con la costra del suelo donde estaban inmersas, sin limpiarlas de lo que traen pegado. Esto no se contradice con el hecho de que la microhistoria busque sobre todo lo cotidiano, lo que sin duda pareció natural e irrelevante en su época.

La microhistoria no puede evitar ser un poco geografía y un poco biología; le da cabida a hechos del mundo histórico natural. Será porque los pueblerinos, al decir del maestro José Miranda, se integran profundamente con la tierra y de dicha integración derivan su personalidad y su función. Por lo que sea, la microhistoria rara vez prescinde de dar noticia del relieve, clima, suelo, agua, flora, fauna, sismos, inundaciones, sequías, endemias, epidemias y otros temas de la misma índole. También es frecuente en nuestros días, que por contagio de las ciencias antropológicas, se traten aspectos raciales: índices encefálicos, tipos sanguíneos, color de piel y cosas por el estilo.

Por lo demás, la historia local no es insensible a la moda de los temas culturales. Por muchos años, como a sus hermanas, le obsesionó el poder y la política. En otros momentos tuvo especial predilección por las batallas y los soldados. Como las sociedades modernas son esencialmente económicas, hoy la preferencia la tiene el tema económico. Algunos historiadores locales admiten ya la primacía de lo económico. También obsesionan hoy las relaciones familiares. Todo sin menoscabo de los asuntos de siempre, del religioso por ejemplo. En la microhistoria siguen ocupando un sitio prominente creencias, ideas, devociones, sentimientos y conductas religiosas. Lo mismo cabe decir del ocio y la fiesta.

Viaje de ida y vuelta

Como las demás ciencias históricas, la micro no puede prescindir del rigor, de la prueba, de la aproximación a lo real. Con todo, las crónicas locales gozan la triste fama de estar colmadas de amor al

terruño y ayunas de verdadera investigación científica. Los teóricos encuentran la raíz del fenómeno en la falta de profesionalismo de los cronistas locales, lo que no es del todo exacto. Casi todo microhistoriador sabe que la vida que busca sólo la encontrará en restos y testimonios tras de someterlos a un riguroso análisis, a una serie de complejas operaciones heurísticas, críticas y hermenéuticas.

En reuniones, en charlas, en prólogos, en voz baja y a gritos los sabios de provincia se quejan de la endeble carreta de que disponen para ponerse en contacto con sus difuntos. La gente y los hechos importantes, materia de las otras historias, dejan muchas huellas de su paso. No así la gente humilde y su vida cotidiana. Cicatrices terrestres hechas por el hombre, vestigios arqueológicos, papeles de familia, registros parroquiales, libros de notarios, crónicas de viaje, censos, informes de munícipes y gobernadores, estatutos, reglamentos, leyes, periódicos y tradición oral, las fuentes más frecuentadas por el microhistoriador, son tenues rayos de luz escasos y de difícil acceso casi siempre. En muchos lugares no hay biblioteca ni archivo y la tarea de recopilar pruebas es muy ardua. La tradición oral ayuda, pero no suple la ausencia o la dispersión del monumento y del documento.

Salvo algunas tribus ágrafas donde existe un memorizador encargado de aprender la relación de los hechos transmitidos por memoriosos oficiales y añadirle nuevas noticias y pasarla añadida al memorizador que lo sucederá, la tradición oral se reduce a rumores cortos y versátiles sobre hechos y personas recientes, con una antigüedad máxima de uno o dos siglos. Por otra parte, las tradiciones orales son cada vez menos y más pobres, quizá porque la escuela ha dado en desdeñar el cultivo de la memoria, quizá por el atiborramiento de noticias provenientes de la radio y la tele. La tradición oral está perdiéndose. Es necesario apresurarse para recoger sus últimas manifestaciones.

Con pocos testimonios y sin ayuda para obtener provecho de las fuentes de conocimiento histórico, el anticuario está en gran desven-

taja con respecto a sus colegas de la historia crítica y de la historia monumental. Éstos se sirven de un gran ejército de genealogistas, bibliógrafos, numismáticos, arqueólogos, sigilógrafos, lingüistas, filólogos, cronólogos y profesionales de las disciplinas conexas de la historia. Aquél se tiene que rascar con sus propias uñas, necesita jugar muchos papeles, se ve obligado a ser un detective general con escasas y borrosas huellas, y sin laboratorio ni laboratoristas.

Muchos aspirantes a microhistoriadores naufragan en la etapa recolectora de pruebas. Otros se hunden en las operaciones críticas. Las normas generales para establecer la autoría, la integridad, la sinceridad y la competencia de documentos y monumentos no siempre son útiles en la práctica microhistórica. “Los historiadores de provincia, según dicho de don Rafael Montejano, somos ermitaños reclusos en las cavernas de una problemática muy compleja [...] En nosotros se ha hecho verdad lo que cantó Machado”:

Caminante: no hay camino,
se hace el camino al andar...

En ninguna especie historiográfica se dan tantos abortos como en la microhistoria. Aquí abundan las obras a medio hacer: meras compilaciones documentales sin aparato crítico, o sumas críticas de documentos ayunas de interpretación, o retahílas de hechos en desorden. Aunque según Nietzsche el espíritu anticuario “no puede percibir las generalidades”, y según Trevelyan en la anticuaría interesan más “los hechos particulares” que sus relaciones de causa, el microhistoriador no puede dispensarse de la tarea interpretativa, de la interpretación teleológica.

La piedad por lo que ha sido exige un gran esfuerzo hermenéutico. El historiador monumental cumple si explica los hechos por causalidad eficiente, y el historiador crítico por la vía de la causalidad formal. Pero el que quiere revivir intelectualmente la tradición olvidada necesita comprender, unir los acontecimientos a sus autores y

acudir a móviles y motivos. Tengo para mí que la comprensión de las personas es la estación más importante del viacrucis microhistórico, y también la más difícil y menos fecunda. La resurrección de nuestros difuntos requiere recubrir sus huesos de carne y espíritu, tarea en la que, aparte de la psicología, las ciencias ayudan muy poco.

Al tratar de comprender entra uno en el camino misterioso de la inspiración y por él camina durante todo el viaje de vuelta. La anticuaria es ciencia en las etapas recolectora, depuradora y hermenéutica, y arte en las siguientes. Strachey solía decir: “los hechos, si son reunidos sin arte, son meras compilaciones, y las compilaciones sin duda pueden ser útiles, pero no son historia, así como la simple adición de mantequilla, huevos, patatas y perejil no es un omelette”.

En palabras de Eric Dardel, la micro “pertenece a la narración como el cuento y la epopeya. Exponer la historia concreta es siempre de algún modo contar historias”. Por esto no se justifican algunas arquitecturas monstruosas, como las de diccionario y efemérides, en las que la historia provinciana suele caer. Por lo mismo, tampoco es justo dejarse llevar a la hora de escribir por el estilo oratorio que le viene bien a la historia monumental, o el estilo más o menos científico que aguanta sin sobresaltos la historia crítica. Lo común en microhistoria es la expresión inspirada en lo coloquial. Ni la pompa del pico de oro ni la desnuda monserga de los científicos, sí el habla de los buenos conversadores.

Uso público de la microhistoria

No obstante que la literatura microhistórica circula normalmente en ediciones de corto tiraje, mal diseñadas y bien surtidas de errores tipográficos, a la microhistoria, como a la Cenicienta del cuento, le ha acontecido el reconocimiento de sus virtudes. Lo que fue hazme-

rrerir de los cultos, entra ya en una etapa revalorizadora. A todo santo se le llega su fiesta. Aquí en México, la llamada de atención la hizo don Alfonso Reyes en carta escrita a don Daniel Cosío Villegas, en la que se lee:

Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales [...] [en ellos] están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región.

Don Alfonso Reyes le concede un valor sólo ancilar a la historia patria, la ve únicamente como apoyo de la historia patria. Lo mismo piensan Lucien Febvre y la mayoría de los historiadores monumentales y críticos. También le han reconocido virtudes de criada, sociólogos, economistas y demás ejecutantes de las ciencias del hombre, y quizá más que ninguno los antropólogos, aun los estructuralistas más extremados.

Antes que ellos, los pedagogos le atribuyeron la virtud de ser un buen aperitivo para las criaturas que padecen de inapetencia histórica monumental. Como el amor a la patria chica está hincado en el corazón, la microhistoria les entra a los niños sin sangre, e incluso les gusta, y por añadidura los domestica para el aprendizaje de la historia de la nación. Todavía más, la escuela activa le concede otra virtud: permite enseñar historia haciéndola. Por lo que toca a la universidad, el profesor Finberg ha dicho que la historia menuda es un estupendo gimnasio para desarrollar los músculos intelectuales de los que aspiran a la profesión histórica.

También en el círculo popular gana cada vez mas clientela. Un creciente turismo histórico consume la microhistoria con el mismo ánimo con que se zambulle en una alberca de aguas tibias. La micro es indicada para los hombres ajetreados. Los enloquecidos por el hacer y los débiles de ser se desenajenan y robustecen.

Los moralistas se dejan seducir por la microhistoria porque en ella suelen encontrar un buen depósito de valores y virtudes huma-

nas que las urbes han arrojado al bote de la basura. Según eso, en todos los Jerez del mundo, y no sólo en el de López Velarde, se puede espigar una luminosa pureza de costumbres, el sentido del humor respetuoso de las grandes tradiciones, el gozo de vivir sin brincarse las trancas y el espíritu de independencia sin estruendos de rebeldía.

Si no me importara aburrirlos dedicaría veinte minutos más al catálogo de los usos y virtudes de la historia pueblerina. Como quiera, el temor de cansarlos no me va a impedir una penúltima parrafada. La rememoración escrita de una localidad presta un gran servicio a esa localidad. Al hacerla consciente de su tradición la sustrae de ella y dilata el campo de sus posibilidades. La toma de conciencia histórica origina una auténtica *catharsis*, una liberación del peso del pasado. Y aunque no podamos medir sus efectos liberadores podemos asegurar, porque hay muchos indicios que lo demuestran, que una minisociedad conocedora de quién es y cómo ha llegado a serlo, se hace más libre y crece y produce. Es como si la hubieran sometido al psicoanálisis.

En suma, el modo de narración esbozado aquí y que hasta hace poco no era admitido por la pedantería académica, es el más antiguo y frecuentado, el más folclórico y sentimental de los estilos históricos. La microhistoria es la especie histórica que se ocupa de la añorada patria, la gente de tamaño normal y las acciones típicas y triviales del quehacer cotidiano. Es, desde otro punto de vista, la rama menos científica, menos arrogante y menos emperifollada de la frondosa Clío. Es, por último, la menuda sabiduría que hace libres a las minisociedades y las promueve para el cambio; vacuna a los niños contra el horror a los policías grandotes llamados héroes y caudillos; permite hacer generalizaciones válidas a los científicos de las ciencias humanas sistemáticas; proporciona viejas verdades a esos revendedores que son los moralistas, y procura salud a los prófugos del ajetreo.